

*La ilustre casa de Ramires* y *La ciudad y las sierras*. El protagonista de *La correspondencia de Fradique Mendes* había nacido en 1869, casi como un preheterónimo, fruto del deseo de Eça y Antero de dotar a la literatura portuguesa de un poeta baudelairiano. Pero el Fradique que Eça recupera a finales de los 80 es un héroe decadente, con la obsesión por la estética del Floressas des Esseintes de Huysmans pero sin sus sufrimientos y taras hereditarias. Fradique es un superhombre, un modelo fin de siglo, y con tal suma de perfecciones como protagonista no puede construirse una novela. Eça crea una biografía –casi hagiográfica– y un epistolario que lo muestra «entregado a la ocupación de pensar». En esas cartas alterna los destinatarios reales (Oliveira Martins, Ramalho Ortigão, el propio Eça) con los imaginarios y con todos ellos Fradique-Eça teoriza sobre política, religión, arte y literatura. Estamos en las antípodas temáticas y estéticas de *El crimen del padre Amaro*.

*La ilustre casa de Ramires*, en la estela del «Ultimátum» inglés, es una novela sobre la humillación. Novela simbólica, en la que Gonçalo Mendes Ramires, último descendiente de una ilustrísima familia cuya decadencia corre paralela a la de su país, es el propio Portugal del presente. Las teorías queirosianas de una regeneración mediante el dolor y sus reflexiones sobre el «Ultimátum» se unen ahora a las ideas de Oliveira Martins sobre el papel de África en la recuperación de Portugal para mostrarnos cómo Gonçalo tendrá que descender a la sima de su propia cobardía y de su claudicación moral hasta ser capaz de remontar y de reconducir su propia vida buscando en Mozambique una inyección de fuerza y de vida.

Las últimas obras de Eça de Queirós son sorprendentes. El joven satánico y baudelairiano de *Prosas bárbaras*, el naturalista «escandaloso» de *El crimen del padre Amaro* y *El primo Basilio*, el humorista de *El mandarín* y *La reliquia*, el refinado esteta de *La correspondencia de Fradique Mendes*, sufre una curiosa «conversión» que le conduce a la que se ha llamado fase hagiológica o fase nacionalista. *La ciudad y las sierras* es un ensueño arcádico en el que el hipercivilizado e infeliz Jacinto, habitante de un palacio parisino repleto de las últimas tecnologías –y de algunas de ciencia ficción, que Eça describe con la maestría de Julio Verne–, descubrirá la esencia de la felicidad en la *aurea mediocritas* de sus reencontradas propiedades en las tierras del Norte de Portugal. Jacinto es el urbanita que añora –a veces sin él saberlo– la Arcadia perdida. *La ciudad y las sierras* fue recibida como la reconciliación de Eça con su patria, a la que había fustigado en tantas páginas; en realidad se trataba de algo más profundo: un hombre prematuramente envejecido por la enfermedad y por el dolor vive en la ciudad con la que tanto soñó para acabar descubriendo que no res-

ponde a sus expectativas de tantos años y desde la inmensa metrópolis de Baudelaire sueña con un paraíso perdido que es más la juventud y la fuerza que el propio Portugal.

Más desconcertantes son aún las *Leyendas de santos* y el *Diccionario de milagros* que deja inacabadas. Vidas de santos quizá inexistentes –San Onofre, San Frei Gil, San Cristóbal– impregnadas de un profundo franciscanismo, como si un vago socialismo evangélico hubiera sustituido al Proudhon de su juventud, escritas en una bellísima prosa que demuestra cuál es el hilo conductor de toda su producción: la creación de ese lenguaje prosístico nuevo en la literatura portuguesa. ¿Qué hubieran sido estas *Leyendas de santos* si Eça no hubiera muerto a los 55 años? ¿Hasta dónde habría llegado en su «religión de la prosa»? ¿Cómo habría reaccionado ante las vanguardias y ante el fenómeno de *Orpheu*? Lamentablemente estas preguntas y tantas otras quedan necesariamente sin respuesta porque Eça de Queirós murió, hoy hace cien años, en Neuilly.